

Tesoros y entierros: Mitos y rituales de los cazadores de botijas de Santa Cruz de Mora, Estado Mérida.*

CHJALMAR EKMAN
FRANCISCO CHACÓN
*Universidad de Los Andes
Escuela de Historia*

RESUMEN

Este artículo intenta realizar una aproximación, desde el punto de vista etnográfico, al fenómeno conocido como «cacería de botijas» en la población de Santa Cruz de Mora y sus adyacencias, en el estado Mérida. La cacería de botijas, si bien podría entenderse como búsqueda de tesoros común y corriente, ha demostrado ser un fenómeno con múltiples anclajes en la heterogeneidad cultural característica de la comunidad que genera y sostiene el mito, dado que los rituales y creencias de los personajes involucrados hacen referencias constantes a un mundo mágico, fantasmal, que compone la esencia del quehacer mítico y convierte a la tierra y al hombre que la trabaja en una dualidad constante sembrada de secretos y expectativas, dando al individuo una forma particular de ver el mundo a partir de sus propias creencias y deseos. Presentamos una descripción del acto de “cazar botijas” en sus aspectos míticos y rituales, principalmente, y un posterior esbozo de interpretación, con base en argumentos etnográficos e históricos.

Palabras claves: mito, ritual, tesoro, Merida

ABSTRACT

An attempt from an ethnographic perspective to give insight into an activity known as treasure hunting in Santa Cruz de Mora in the State of Merida, Venezuela. Treasure hunting as the discovery of ordinary valuables is seen to be grounded on a recognized cultural phenomena in the community which generates and sustains this activity as part of a mythical tradition. The classification of the accompanying rituals and beliefs on the part of persons involved as traditional is due to a continuing reference to magic and fantasy which involves the participants in a constant duality of hidden secrets and expectations. A worldview is formed on the base of individual beliefs and desires. Treasure hunting, its myths and rituals is defined and discussed on the basis of historical and ethnical findings.

Key words: myth, ritual, treasure, Merida

*Sé que en la sombra hay otro, cuya suerte
es fatigar las largas soledades
que tejen y destejen este Hades
y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
éste el último día de la espera.*

Jorge Luis Borges, El Laberinto (fragmento)

La cacería de botijas en Santa Cruz de Mora¹ es un conjunto de mitos y rituales con base en una mezcla de hechos y verdades históricas, tradiciones, necesidades materiales concretas y creencias de origen cultural heterogéneo. Funda su continuidad en la oralidad y en la profunda cohesión social de las personas del pueblo, y principalmente en una serie de rituales mágico-religiosos que son transmitidos y modificados continuamente por los que llamamos “cazadores de botijas”, una especie de gremio tácito, poseedores de la clave del ritual y sus creencias, trabajadores que ponen manos, cuerpo y sudor al servicio de una misma tradición; empresa tanto promisoría como infinita.

1. ¿Qué es una botija?

Una botija, en su acepción más general, es cualquier objeto cóncavo y de arcilla fabricado por el hombre. Según el Diccionario de la Real Academia Española (2006), es una “Vasija de barro mediana, redonda y de cuello corto y estrecho”; en otra acepción, atribuida al castellano coloquial de Honduras, una botija también es un “Tesoro oculto o enterrado”. Pero en la comunidad de Santa Cruz de Mora, la botija es, además del objeto real, el objeto ritual alrededor del cual ocurre la magia; donde rondan una serie de creencias y prácticas que conforman un mito. Aquí, la palabra ‘botija’ no es utilizada tanto para nombrar a una vasija de barro común, como

para referirse al recipiente que, rebosante de riquezas de cualquier tipo, reposa oculto en algún lugar secreto bajo tierra, envuelto en conjuros y venenos, custodiado por espíritus, esperando – la botija misma - el momento y el buscador precisos para ser descubierta y hacer rico a quien la descubra.

En este trabajo etnográfico, la descripción del fenómeno cultural se desarrolla en una triple vertiente, a saber: el origen histórico del mito, la descripción de los elementos rituales y mágicos que lo componen, y, finalmente, un intento de aproximación a la interpretación de tales fenómenos. Siguiendo este orden intentaremos describir un hecho cultural único, como lo es la cacería de Botijas en Santa Cruz de Mora y sus adyacencias. Cuando afirmamos la singularidad de este hecho, hacemos referencia a lo que consideramos original en el mismo, ya que si bien el fenómeno de los tesoros ocultos y el tejido mágico que lo rodea parece ser más universal de lo que en un principio pueda pensarse, éste puede adoptar formas muy especiales y particulares en cada espacio cultural donde el mismo ocurre.

2. Bases histórico-sociales del mito

El mito de las botijas (o entierros) se transmite y recrea a partir de la oralidad comunal, cuya influencia crea una conjunción de hechos y momentos históricos concretos con costumbres que a pesar de haber existido en momentos muy remotos de la historia nacional, persisten a manera de recuerdos que vinculan la tradición con el imaginario popular.

Las narraciones de las personas del pueblo de Santa Cruz de Mora y sus adyacencias hacen referencia a cierto momento de la historia de la región que no resulta del todo preciso; mientras algunos hablan de la época de la guerra de secesión o Guerra Federal como momento en que comenzó el fenómeno, otros dicen que el origen de las botijas se remonta a las guerras de independencia o incluso a momentos más remotos, durante la época de la colonia. De cualquier manera, la causa de la existencia de las botijas pareciera ser la inestabilidad política y social de esas épocas, que según las

narraciones motivaba a muchas personas a enterrar sus riquezas, por mínimas que fuesen, por temor a ser víctimas de los continuos robos y saqueos que asolaban a la región – todo esto aunado a la inexistencia, en aquellos tiempos, de entidades de ahorro de algún tipo que pudieran resguardar las posesiones de los ciudadanos².

Así, según cuentan, se fueron dando casos de personas que luego de enterrar cierta cantidad de oro, plata, joyas u otros objetos valiosos, perdían la pista del escondite, o bien morían por enfermedad, guerra o vejez, dejando todas sus posesiones ocultas bajo tierra o en algún lugar desconocido pero supuestamente accesible. En la tradición oral de Santa Cruz de Mora abundan los testimonios de personas que aseguran tener información precisa sobre ciertos lugares secretos en donde hay alguna botija enterrada.

Sin embargo, y a pesar de lo que podría pensarse a partir de los remotos orígenes de las botijas, muchas de las referencias existentes dentro de la población apuntan a que la tradición de ocultar las riquezas bajo tierra ha perdurado hasta tiempos mucho más recientes, tal vez hasta principios del siglo XX. Numerosas personas afirman, incluso hoy en día, haber conocido de trato a individuos ya fallecidos, quienes a su saber tenían cierta cantidad de riquezas ocultas. La mayoría de las veces, la creencia en que una persona tuvo o tiene oro escondido no tiene ninguna base en la experiencia; es decir, en muchas oportunidades el sólo hecho de que alguien haya sido muy trabajador durante toda su vida, pero nunca haya hecho ostentación de riqueza alguna, es motivo suficiente para creer que esa persona escondió todo lo que ganó con su trabajo. Uno de nuestros informantes nos contaba, señalando hacia una zona de las montañas:

... por ahí es que hay uno, que dejó un tal José María... ese trabajó toda la vida, hizo trabajar a todos los hijos todos los días de esta vida... y no dejó sino la comida y la ropa. Ni supieron qué hizo la plata. Vendía bastante café y ganado... y se perdió eso... (Faustino Chacón, San Isidro Alto)

Después de la muerte de la persona, los rumores acerca del oro que ha dejado escondido comienzan a circular.

En este punto es interesante mencionar la relevancia que para nuestros informantes tiene el oro, como riqueza concreta y como símbolo que hace abstracción de la misma. La palabra ‘oro’ a veces es utilizada indiscriminadamente, para hacer referencia a las riquezas ocultas que han sobrevivido a su dueño, y que esperan ser descubiertas. Una especie de ‘fiebre del oro’ se percibe en las narraciones de los cazadores de botijas de Santa Cruz de Mora, quienes parecen además desdeñosos ante cualquier riqueza que se presente bajo la forma de otro mineral precioso, como la plata o el diamante en joyas. Encontrar oro, o morocotas³, es la máxima motivación para quienes buscan tesoros escondidos.

De esta forma, la búsqueda de botijas se lleva a cabo siguiendo pistas. Las pistas pueden provenir de muchas direcciones, aunque lo más común es obtener información a través de la misma tradición oral, o saber interpretar ciertos signos que se consideran garantía de la presencia de un entierro, y que serán explicados más adelante.

El acto de enterrar botijas de oro, plata y joyas, al parecer, es una costumbre antigua que permanece viva en el imaginario popular, pero que realmente continuó repitiéndose hasta épocas muy recientes, posiblemente hasta hace tres generaciones atrás. La desaparición gradual de esta costumbre se debió, probablemente, a la amplia difusión del papel moneda, la aparición de las monedas de níquel y otros materiales mucho más sensibles a la intemperie y el tiempo, y a la fluctuación de la moneda misma, sometida a los vaivenes y la fragilidad de la economía nacional. Sin embargo, la devoción por el oro, y la firme creencia en las señales que garantizan la existencia de botijas, perpetuó la tradición de la cacería de tesoros escondidos en el ámbito de lo mítico, como describiremos a continuación.

3. Bases mágico-religiosas de las botijas

El elemento ritual en el fenómeno de las botijas tiene tres momentos fundamentales:

A) Un primero momento, que abarcaría el proceso de crear y enterrar la botija. (Entierro).

B) Un segundo momento, que llamamos ‘manifestación’ de la botija.

C) Un tercer momento, que engloba los ritos y trabajos necesarios para desenterrar la botija (Hallazgo).

A) Entierro de la botija

Las personas que entierran alguna botija son en general hombres o mujeres que han podido acumular a lo largo de su vida una cierta cantidad de oro o plata (joyas o monedas) y que deciden esconderla en la tierra por cualquier motivo. El hecho de guardarla bajo tierra o enterrarla, de por sí, no garantiza que el tesoro esté totalmente seguro, razón por la cual el enterrador establece ciertas condiciones, previas e irrevocables, para quienes posteriormente pretendan expropiar la botija. En este punto entran en juego las creencias religiosas en torno a la vida más allá de la muerte y el poder de los conjuros mágicos: el tesoro que iba a ser escondido, tenía que ser protegido de los posibles usurpadores, ya fuese por medios físicos, o mágicos.

Según los testimonios de las personas que han vivido de cerca el fenómeno de las botijas, la persona que se dispone a realizar un entierro prepara una vasija especial, ya sea de barro (múcura), de hierro o de cobre, en cuyo interior deposita los objetos de valor que desea esconder y procede a envolverla con algún tipo de veneno para protegerla de quien quisiera expropiarla. Uno de los venenos más conocidos popularmente para tales efectos es llamado “Solimán”, y según afirman, tiempo atrás era posible su adquisición en cualquier farmacia; información que resulta de sumo interés, tomando en

cuenta las propiedades mágicas que le son atribuidas popularmente a este veneno, como veremos más adelante. Luego, quien realizaba el entierro escogía cuidadosamente el lugar, que podría ser un cuarto de la casa (generalmente en estos casos, el cuarto donde se tenía el altar de los santos), o algún terreno, potrero de ganado, patio, o cafetal que fuese de su propiedad. Según la creencia popular, se elegía siempre un lugar muy característico y peculiar, lo que facilitaría la posterior búsqueda del tesoro por parte de quien lo escondió; una botija se supone que es enterrada con la intención de ser posteriormente reencontrada por su dueño, más allá de la posibilidad de que la misma fatalidad que motivaba a esconder el tesoro terminase siendo la causa de la muerte de aquél. Después de enterrar la botija, el enterrador realizaba un conjuro o ritual mágico, con el fin de ganar la protección de los espíritus para el tesoro escondido. Este ritual podría comenzar, generalmente, con la invocación de alguna entidad sobrenatural protectora, a través de algún signo visible, como la señal de la cruz, rociando agua bendita sobre el entierro mientras se realizaban ciertas oraciones, o incluso realizando un sacrificio animal, para seguidamente establecer las condiciones que debían ser cumplidas por quienes pretendiesen desenterrar el tesoro, en caso de que éste fuese descubierto por alguna otra persona luego de la muerte del dueño legítimo de los bienes.

Las condiciones para encontrar el tesoro podían variar entre ofrecer un número determinado de misas por el alma de quien enterró la botija, donar una parte del tesoro a una persona determinada (generalmente familiares o allegados sobrevivientes al dueño original del tesoro), o donar parte de las riquezas a la iglesia, entre otras. El cumplimiento de tales condiciones es considerado absolutamente obligatorio para quienes intenten desenterrar una botija, so pena de recibir un terrible castigo que podría ser la ruina económica, la enfermedad, o la muerte propia o de los familiares del usurpador.

La protección de las botijas escondidas tiene, por su parte, numerosas variaciones que dependen de la formación particular

del cazador de botijas. La doble protección del tesoro escondido con barreras materiales por un lado (venenos, lugares inhóspitos), y herramientas mágicas por otro, tiene puntos de inflexión interesantes de analizar. Por ejemplo, el fuerte carácter mágico de los venenos aplicados a las botijas, que podrían ser eminentemente prácticos por su función de barrera material. Según un informante del sector La Aguada, cuando un cazador de botijas pone las manos directamente sobre un tesoro envenenado, se dice que es *picado*⁴ por el entierro. Esto significa que tal persona comenzará a sufrir los efectos del veneno de manera similar que si hubiese sido mordido por una serpiente; pero a la víctima de este efecto venenoso conocido como *hielo* sólo puede salvarla una cosa: debe hervir una porción del tesoro que ha encontrado en agua durante varias horas, y luego beber el resto de la infusión. Normalmente este remedio debería terminar con el *hielo* del cazador, pero de no ser así, este deberá reintegrar la totalidad del tesoro al lugar del hallazgo, bajo la convicción de que la botija no estaba destinada para él. Varios de los informantes, por otra parte, declararon haber conocido personalmente a un cazador que murió de *hielo*, por haberse tardado demasiado en regresar la botija a su lugar de origen. Muchos de ellos, sin embargo, estaban seguros de que la causa de la muerte era que en realidad aquel hombre no había regresado el tesoro *íntegramente*; y esto, afirman, no fue tolerado por los espíritus que custodiaban la botija.

La búsqueda de botijas plantea un conflicto entre el espíritu del difunto, que - según los cazadores - desea fervientemente que la botija sea descubierta para poder descansar en paz, y los *otros* espíritus, entes que parecen pertenecer a la tierra, y que velan porque nada de lo que ha sido depositado bajo la superficie sea nuevamente extraído. Esta especie de dioses chthonianos⁵, que llamaremos *espíritus de la tierra*, son aquellos a quienes inicialmente invoca el mismo enterrador de la botija para la protección de sus bienes, pero que, luego de su muerte, se adueñan de lo que les ha

sido entregado, y hacen las cosas más difíciles para los cazadores. De esta manera, un cazador de botijas se enfrenta contra varios obstáculos en la búsqueda de su fin: primero, el saber exactamente dónde está escondida una botija; segundo, la tierra que lo separa del tesoro, para lo que cuenta con brazos, pico y pala; en tercer lugar, el espíritu del difunto, que pone en cuestión la dignidad del cazador, ya que le necesita para cumplir con la promesa –aquella establecida previamente al realizar el entierro–; y en cuarto lugar, los *espíritus de la tierra*, más terribles y poderosos, que reclaman caprichosamente el oro para sí.

B) Manifestación de la botija

La primera manifestación de la botija ocurre después de la muerte de su dueño legítimo. Esta manifestación, que de acuerdo con las descripciones de los informantes calificamos como fantasmal, puede ocurrir de modos muy diversos. Dentro de los factores más comunes tenemos que la manifestación suele darse por las noches, luego de la caída del sol; según quienes han experimentado el fenómeno, se percibe la aparición de luces de origen desconocido que se posan o flotan sobre el sitio donde se encuentra la botija. Muchos las describen como esferas de luz⁶ que vagan en el aire y se posan en el suelo, o como una especie de brasa incandescente que no se consume y que permanece largo tiempo en el lugar donde se cree que está enterrada la botija. Este tipo de manifestaciones ocurre con más frecuencia cuando la botija se encuentra en un terreno abierto y lejano, en la parte más distante de una finca, en las ruinas de alguna casa antigua y abandonada, o en algún bosque deshabitado, llamando así la atención de quienes están en la distancia.

Cuando las botijas están ocultas en construcciones o lugares más cerrados y habitados, las manifestaciones toman formas distintas de las anteriormente descritas. Quienes han estado en casas donde se piensa que existe algún entierro cuentan que se

pueden escuchar ruidos extraños de origen desconocido: fuertes pisadas en la mitad de la noche, monedas que caen pesadamente al suelo, o cadenas que se arrastran; todos hechos relacionados con el lugar en que se encuentra la botija. Otra de las maneras, la menos común de todas, es la aparición del alma del difunto dueño de la botija; éste intenta comunicarse con el fin de indicar donde está enterrada la botija y revelar las condiciones para sacarla. Según los cazadores de botijas (y, prácticamente, cualquier persona del pueblo), casi cualquier aparición fantasmagórica puede estar directamente relacionada con la presencia de una botija oculta. La fuerza del mito en el colectivo hace de cazadores y no cazadores expertos interpretadores de señales, de manera que muchas veces la forma peculiar de un árbol, las ruinas de una casa antigua, la posición en que están situadas unas piedras entre sí, o cualquier otra anomalía en la distribución natural del paisaje, es capaz de despertar sospechas acerca de la posible presencia de una botija. Según contó uno de nuestros informantes, la casa abandonada de un anciano que había muerto recientemente conservaba, en el mismo lugar en que habían quedado puestas en su momento, un sillón, una mesita y una lámpara con las que el viejo pasaba, día tras día, sus últimos años de vida, bajo un árbol un tanto retirado de su casa. Unos días después de su muerte, según cuentan, la lámpara comenzó a prenderse sola por las noches junto a la silla y la mesita vacías; el relato es, para nuestro informante, prueba fehaciente de la afición del difunto por ese lugar en particular y por tanto de que el anciano había escondido su oro al pie de aquel árbol, muy probablemente justo debajo de la lámpara. De esta manera, dicen los cazadores, es como se manifiesta una botija.

C) Desentierro de la botija

El tercer momento es sin duda el más extraordinario por ser el más elaborado en cuanto a rituales, y el que más subsiste en el presente; mientras que los momentos anteriores del mito suelen

atribuirse a generaciones previas y no se conocen sino por referencias de la tradición oral. El momento de sacar la botija constituye el núcleo ritual de los cazadores de botijas en el presente, y es entonces cuando despliegan todo su conocimiento y técnica para contrarrestar las fuerzas que luchan para que el tesoro permanezca oculto.

Mientras que la población entera participa en el proceso de preservar, modificar y transmitir de manera oral los aspectos míticos de las botijas, a la hora de abrir la tierra y revelar sus secretos, sólo uno es el protagonista: el cazador de botijas; especie de sacerdote profano que conoce los secretos para contrarrestar los designios de los espíritus de la tierra, y que es capaz de llegar hasta donde muy pocos se atreverían a ir en busca del tesoro. No obstante, algunas botijas han sido encontradas por mera casualidad. Se cuenta, por ejemplo, que en la aldea de San Isidro una retroexcavadora desenterró un baúl lleno de morocotas durante la construcción de la carretera; también el caso de Canaguá, donde la demolición de una casa antigua dejó al descubierto una botija enorme que estaba oculta en los cimientos, y que aprovecharon muchos de los que se encontraban en los alrededores - hasta que finalmente fue confiscada por la Guardia Nacional. Estos casos, considerados verídicos por muchos pobladores que dicen haber presenciado los hechos, fortalecen aún más la tradición oral y reavivan la esperanza de los cazadores de, un día, encontrar su propio tesoro. A partir de estas y otras muchas historias, los cazadores de botijas ejercen su sabiduría y su particular cosmovisión, utilizando los antiguos rituales y creando nuevas y originales variaciones y recombinaciones de los actos rituales, con el fin de hacer más efectiva su búsqueda; muchas veces, la cacería de botijas exige tanto de ellos, que terminan dedicando su vida a una búsqueda que no se saben si será o no fructífera; pero que de serlo, ofrecería perspectivas infinitamente superiores a las que puede ofrecer el trabajo común y corriente.

Así que, con el fin de hacerse rico rápidamente, el cazador

de botijas sale a la búsqueda del tan anhelado tesoro. Recoge testimonios, especialmente los referentes a manifestaciones sobrenaturales como luces, ánimas aparecidas y cualquier tipo de eventos que puedan ser considerados como señales o pistas que revelen la ubicación tentativa de una botija escondida.

El cazador de botijas posee un conocimiento preciso respecto del fenómeno, así como de los modos más adecuados para desenterrar la botija y evitar, al mismo tiempo, que los *espíritus de la tierra* la cambien de lugar o la transformen en alguna otra cosa sin valor. Una rica tradición ritual lo acompaña en su trabajo: oraciones especiales, conjuros, ritos, herramientas... las cuales están estrechamente emparentadas con muchas creencias católicas como son el poder de la palabra a través de la oración, el poder de las reliquias y símbolos sagrados; e ideas relacionadas con otras formas menos ortodoxas de conocimiento, tales como ciertos asomos de alquimia en la constitución de algunas herramientas, y cualquier elemento animista o de otro tipo, como se verá mas adelante.

Existen muchas maneras de desenterrar botijas, puesto que, como dijimos antes, cada cazador es libre de modificar su técnica si considera que con ello puede lograr mejores resultados. Sin embargo, podemos señalar aspectos generales en el procedimiento y la indumentaria de los cazadores.

Los instrumentos utilizados para extraer las botijas varían mucho. Hay quienes poseen una indumentaria que va desde el agua bendita, hasta la estola sacerdotal de un cura católico (lo cual puede ser considerado como sacrilegio si es portado por alguien que no sea sacerdote). Podemos señalar, no obstante, que los instrumentos absolutamente necesarios son: la **aguja**⁷, que sirve para localizar, mediante una supuesta relación química o magnética de atracción de metales, el sitio preciso donde se encuentra la botija. El cazador de botijas extiende su brazo horizontalmente y deja colgar libremente de una cuerda a la aguja, la cual, partiendo de la posición estática, comienza a realizar distintos movimientos

que son interpretados por el cazador. La aguja se mueve de dos maneras: La primera, indicando la dirección donde se encuentra la botija, al realizar un movimiento lineal de péndulo, el cual es más acentuado cuando la pieza apunta en la dirección correcta; en el segundo movimiento, para *marcar* el sitio donde se encuentra la botija, la aguja comienza a oscilar circularmente, en un movimiento contrario a las agujas del reloj, señalando que el entierro está justo debajo de la aguja. El diámetro de los círculos marcados por el movimiento pendular informa, proporcionalmente, el tamaño del tesoro que debe estar bajo la tierra.

Otro elemento de suma importancia es el **agua bendita**, que sirve para encerrar espacial y mágicamente a la botija y así evitar que esta se *corra*. Se traza un polígono en el suelo alrededor del lugar donde la aguja ha detectado el entierro, y mientras tanto se van recitando ciertas oraciones, que pueden ser secretas y variar dependiendo del cazador, aunque generalmente pertenecen al inventario católico (o al menos eso hacen creer a los investigadores, para no revelar las verdaderas). El polígono es coronado en cada una de sus puntas por una **cruz de palma bendita**⁸, cuya presencia garantiza, además de la inmovilidad del entierro, que las ánimas no podrán acercarse más allá de tales fronteras a molestar el trabajo del cazador. Algunos cazadores, sin embargo, aseguran que a pesar de haber *encerrado* la botija y de estar dentro del espacio cercado, pueden igualmente sentirse perturbados por los espíritus que intentan disuadirlos de su tarea, como veremos luego.

Cuando las noches son oscuras y se hace necesario encender alguna luz para ver lo que sucede alrededor (el entorno rural en que se realizan los rituales generalmente carece de cualquier tipo de alumbrado artificial público o privado), se utilizan las **velas de la candelaria**⁹; éstas velas, según los cazadores, son las únicas que inspiran respeto en los *espíritus de la tierra* por haber sido bendecidas en misa, e incluso su luz es capaz de adormecerlos y calmarlos; del resto, son capaces de apagar fácilmente cualquier

otra fuente de luz (lámpara, linterna, vela, antorcha...), dejándolos totalmente a oscuras. Algunos cazadores utilizan también las velas para formar el polígono que encierra la botija y mantiene fuera a los espíritus.

Una vez que se ha localizado y encerrado el entierro con los ritos adecuados, se rocía una vez más con agua bendita el sitio exacto donde se supone está la botija, y comienza la excavación. En un silencio ritual absoluto y en ausencia total de luz, los participantes del desentierro de la botija comienzan a cavar en la tierra utilizando barretones¹⁰, y por la dureza del suelo, sólo ocasionalmente palas. En la exploración que realizamos a lo largo y ancho de una pequeña finca en los alrededores de Santa Cruz, muy famosa por los rumores de que en ella se ocultan varias botijas, observamos que habían pluralidad de huecos en la tierra, donde el más pequeño tenía una profundidad de al menos un metro y un área de dos metros cuadrados, y el más grande alrededor de dos metros y medio de profundidad y más de cuatro metros cuadrados de superficie, lo cual, considerando la dureza y la gran cantidad de piedras que caracterizan el tipo de suelos de la zona, representa una muestra importante del gran esfuerzo que implica el ritual para estos hombres.

Durante la excavación entra en juego un elemento subjetivo muy importante: la intención e integridad moral del excavador. Según los cazadores de botijas, el ánimo del dueño de la botija se hace presente durante la excavación esperando que se extraiga el entierro, puesto que su hallazgo le permitiría descansar en paz; para el cazador de botijas, éste debe ser el pensamiento predominante a tener en cuenta, es decir, el excavador no puede pensar en el tesoro y en las riquezas que contiene con ambición desmedida, sino más bien debe tener presente que se está realizando un acto de caridad para liberar el alma del difunto dueño legítimo de la botija. Así que el esfuerzo del excavador, además de físico, debe ser mental, ya que debe mantener su conciencia limpia de ambiciones y avaricias mientras trabaja para sacar de la tierra grandes cantidades de

oro. El hecho de que un cazador de botijas fracase al finalizar su excavación, puede ser achacado entre otras cosas a la presencia de malos pensamientos en el buscador. Además, el cazador tiene que lidiar con los espíritus de la tierra que intentan proteger el tesoro y guardarlo para sí. El ritual del cerco sirve en parte para contener a estos espíritus, pero además, muchos cazadores suelen recitar oraciones especiales como la *Oración de la Salamandra* (cuyo texto no poseemos puesto que es una oración secreta), que según los mismos cazadores adormece a los espíritus. En el caso de que sean varios los cazadores, no deben ser más de tres, y quienes no estén excavando deben continuar rezando para intentar mantener aislados a los espíritus.

Sin embargo en el momento de la excavación, como mencionamos antes, los cazadores no están libres de perturbaciones del más allá; muchos cazadores relatan haber visto luces y sombras moviéndose a su alrededor, así como también algunos de ellos aseguran haber sentido el peso frío de un cadáver montado en su espalda; se dice que se pueden oír pasos de caballos o de personas, voces que llaman a los cazadores por sus nombres, y así un sinnúmero de manifestaciones fantasmagóricas que intentan distraerlo de su tarea; estas pueden ser interpretadas en la tradición oral como garantía de que la excavación va por buen camino: uno de nuestros informantes contó que en una oportunidad, cuando se encontraba a mitad de una excavación que ya se perfilaba exitosa, pudo ver cómo por la carretera adyacente transitaba un camión de combustible que, de súbito, pareció estrellarse contra otro automóvil y explotar en llamas. El temor de que hubiese ocurrido un accidente en la vía y que hubiesen personas conocidas involucradas lo hizo salir corriendo y abandonar el entierro, para encontrar, al llegar a la carretera, que nada de lo que había visto había sido real, y que la botija que estaba a punto de encontrar *había escapado* cuando quedó sola.

Finalmente, otro elemento de suma importancia para el éxito del ritual es la suerte. Los ritos de los cazadores de botijas

subsisten bajo la esperanza de que después de una ardua excavación estará el premio de un gran tesoro. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que después de mucho cavar, apenas pueda encontrarse una piedra gigante, o algunas vasijas llenas de carbón, de piedra, o incluso de huesos. Cuando ocurre alguna de estas circunstancias, los cazadores de botijas, lejos de decir que ubicaron mal el entierro, pueden interpretar que el conjuro puesto sobre la botija era tan poderoso que los espíritus de la tierra movieron la botija, o la transformaron en otra cosa para evitar que se la llevaran; el fracaso en un ritual también puede ser achacado a los malos pensamientos del excavador, o simplemente a que la botija no estaba destinada para él. De cualquier manera, en la mayoría de los casos las piedras, carbones o cualquier objeto que se descubra al realizar la excavación será conservado por el cazador de botijas, con la esperanza de que algún nuevo ritual, o simplemente el paso del tiempo y la debilidad del conjuro, puedan volver el tesoro a su estado natural. Muchas veces, incluso, a estas piedras obtenidas en las excavaciones se le atribuyen propiedades mágicas, tales como la capacidad de marear y enfermar a quien se acerque, o la capacidad de convertirse en animales salvajes y atacar a su dueño. Uno de nuestros entrevistados nos mostró, con mucho celo, una piedra inmensa que había encontrado en una excavación y que mantenía escondida en un rincón de su finca, con la esperanza de que pronto se transformara en oro. La piedra, según nos contó, lo enfermaba constantemente de males que los médicos no entendían, hasta que con el paso del tiempo la enfermedad cesó, razón por la cual consideraba que el conjuro estaba pasando. De cualquier manera, ¿cómo desechar una piedra que parece una piedra, cuando la aguja no deja de dar vueltas vigorosamente sobre ella, anunciando la inminente presencia del oro?

4. Posible Interpretación y conclusiones

Los cazadores de botijas de Santa Cruz de Mora están bus-

cando algo bajo la tierra. Puede ser el oro, la riqueza, una piedra, un atado de huesos, o quizás algo más profundo, más antiguo y más abstracto: un objeto, real o imaginario, que permanece míticamente en el recuerdo. La memoria parece volverse mito cuando se suelta del asidero del tiempo concreto y el espacio profano¹¹, y ya sin soporte en algún punto de la ciencia, se vuelve pensamiento mítico; sin embargo, cada sujeto que piensa el mito es una entidad ontológica fundamental con una posición temporal cierta aunque cambiante, razón por la cual el hombre que vive el mito lo recrea constantemente, cristalizándolo en distintos lugares de la tierra, y en distintos momentos del tiempo. Nuestro hombre mítico, de esta manera, corre el riesgo de encontrarse a sí mismo en su búsqueda. Y lo que resulta más interesante: corre también el riesgo de no reconocerse, y pasarse de largo. El mito, de cualquier forma, lo impulsa a buscar la respuesta a sus expectativas en la tierra de una forma particular.

Para realizar un análisis final de los mitos y rituales de los cazadores de botijas de Santa Cruz de Mora, hemos querido tomar en cuenta de manera global la información que obtuvimos en el trabajo de campo, y contrastarla con la historia concreta, buscando tal vez puntos de concordancia que nos permitiesen advertir un origen para cada una de las representaciones que conforman la estructura esencialmente heterogénea del mito. Sin embargo, para los fines de este artículo, dejaremos intactas algunas de las preguntas menos explícitas para centrarnos en las posibilidades más visibles, y dar una visión general de los fenómenos observados.

La idea central de nuestro análisis es la siguiente: la cacería de botijas, así como la búsqueda de tesoros escondidos en general (fenómeno muy extendido, aunque con significativas variaciones, a lo largo y ancho del territorio venezolano y americano) tiene su origen en los tiempos de la conquista española de los territorios americanos. Es un hecho muy difundido en la historia¹² que la empresa de conquista sembró sus bases desde el principio en el oro; desde el año 1493,

cuando Colón establece la primera ciudad americana en la isla La Española, toda la actividad económica gira alrededor de la prebenda del oro que los “indios” regalaban a los hombres de confianza del virrey. Edificaciones y almacenes se construyeron bajo tales expectativas; luego, cuando ya los nativos decían no poder encontrar más oro, comienza la empresa de extracción aurífera en los ríos de la isla, utilizando a los mismos navegantes que viajaron con Colón en un principio, y luego la mano de obra de una docena de presidiarios que fueron traídos a América a trabajar, puesto que, según Colón, podría pagárseles menos dada su condición. Los españoles desde el principio aman el oro, y esperan hacerse ricos en poco tiempo; sin embargo, las condiciones geográficas adversas y el estricto monopolio de Colón sobre el oro obtenido comienza a generar un fuerte malestar, que culminará con una Rebelión, y el permiso del rey para explotar el oro y colonizar las tierras a partir de iniciativas privadas. Sería éste el comienzo de la voraz conquista del territorio americano, y de la fiebre del oro. Ya en 1514, a Santo Domingo han llegado voces de quienes han estado en Quito o en Perú, y cuentan historias acerca de un rey o cacique que “continuamente anda cubierto de oro molido tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso”, según nos cuenta Gonzalo Fernández de Oviedo¹³, quien, más adelante, dice preferir más “la escobilla de la cámara de este príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha (sic) habido en el Perú” (Fernández de Oviedo 1992:267). La ambición de la empresa colonizadora y conquistadora, en poco más de 20 años, había creado toda una serie de leyendas que giraban alrededor del oro, entre ellas, la conocida leyenda de El Dorado en muchas de sus variaciones.

Las leyendas siguieron proliferando, algunas con base en la experiencia y otras con base en la imaginación; tal que para el año de 1536, antes de partir a su larga y accidentada expedición, Gonzalo Jiménez de Quesada¹⁴ nos cuenta sobre las costumbres funerarias de los indios “muixcas” o “moscas” (posteriormente

llamados chibchas¹⁷:

... métenlos entre unas mantas, muy liados, sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas, y hinchándoselas de su oro y esmeraldas y sin esto les ponen, también, mucho oro por fuera a raíz del cuerpo (...) otra manera de enterrar muertos es en el agua (...) metidos los muertos en ataúdes de oro (...) y dentro del ataúd el oro que puede haber... (Jiménez de Quesada, 1992:245)

En estos relatos de Quesada, podemos ver que ya existía un fuerte corpus de creencias que hacían referencia al abundante oro de los indios. El mismo Quesada, en el año que nos cuenta lo referido anteriormente, parte desde Santa Marta en una empresa conquistadora que si bien no dejará fundada ninguna ciudad, aportará muchas riquezas al conquistador español, puesto que efectivamente los pueblos chibchas de Colombia poseían tesoros en oro y esmeraldas; aún hoy, el Museo del Oro de Bogotá guarda millares de piezas de orfebrería antigua de los pueblos chibchas¹⁶.

En este punto, cabe aclarar algunos aspectos con respecto a ciertas características comunes de los pueblos andinos prehispánicos. Salas (1956:173) ya nos cuenta acerca de la tradicional confección de túmulos como monumentos funerarios, llamados Huacas, donde se enterraba al difunto en posición sentada, cargado de adornos, alhajas y riquezas. En el Estado Mérida, según Martens (1994:97), específicamente en la zona de Mucuchíes, existieron (y existen aún) unas piedras llamadas Mintoyes, con ciertos huecos peculiares que sirvieron por mucho tiempo para guardar los cuerpos de los difuntos. En el Museo Arqueológico y el Museo Arquidiocesano de la ciudad de Mérida se exhiben (o se han exhibido) momias de etnias andinas¹⁷, en posición sentada o acostada, que se han encontrado ocultas en cuevas o sepultadas bajo tierra, lo que nos habla de una similitud en los ritos funerarios de los pueblos asentados en la proximidad de la cordillera de los Andes; esta similitud se extiende al ámbito geográfico, si observamos que actualmente las etnias Barí en el estado Zulia, y

Tunebo en Apure, pertenecen a la cultura chibcha¹⁸, y al ámbito religioso, donde sabemos que tanto los chibchas como algunos pueblos campesinos de los Andes venezolanos compartían rasgos mítico-religiosos fundamentales, como por ejemplo el culto a una diosa llamada Chía¹⁹, relacionada con la luna.

Lo que queremos demostrar con esta exposición de similitudes es que, si bien no tenemos pruebas de que los grupos étnicos prehispánicos que poblaron el área andina actualmente venezolana hayan extraído y trabajado el oro como sí lo hicieron los grupos chibchas Colombianos y los Incas, a la luz de la proximidad territorial y de la similitud de algunos ritos y creencias, es lógico pensar que muchos de estos pueblos deben haber tenido ritos funerarios parecidos²⁰ al menos superficialmente, aunque no podemos aventurar una tesis difusionista de las culturas aborígenes suramericanas a tal respecto. Incluso si descartamos esa probable similitud, no sería ilógico suponer que los españoles, que compartían sitios de encuentro en las antillas antes y después de las campañas conquistadoras por todo el territorio americano, hayan compartido también sus ideas, experiencias y leyendas acerca de los secretos que se ocultaban en lo más profundo del nuevo mundo. Las historias, reales o imaginarias, acerca del hallazgo de tumbas chibchas o Incas cargadas de infinidad de piezas de oro y esmeraldas, habrían sido suficiente motivación para que cualquier conquistador salido de La Española en busca de nuevos descubrimientos y riquezas, dedicara una fracción de su tiempo a revisar cuanta cosa parecida a una “tumba india” encontrara en el camino, para aumentar en oro la dichosa carga; como el mismo Quesada relataría, “llevando también la cristiandad a las espaldas”²¹. De esta manera una tradición española de búsqueda y excavación de tumbas y monumentos afines en busca de piezas de oro, perpetuada hasta nuestros días en forma mítica, es probable²²; Martens (1994) hace referencia a las representaciones de “lo que quisiera ser el hombre, especialmente el hombre campesino, de modo parecido a

lo que querían encontrar los conquistadores españoles en América (El Dorado, las siete ciudades del César, etc)”, recalcando una relación, al menos a nivel de expectativas, entre el campesino actual y el conquistador. Igualmente Clarac (1996b) nos cuenta que los evangelizadores agustinos traducían la palabra *Aricagua* (nombre indígena de un poblado del sur de la cordillera andina venezolana) como “fuente del oro”; ¿traducción probablemente influenciada por las propias expectativas?

Ahora bien, la exploración de estos monumentos fúnebres por parte de los españoles puede haberse topado muchas veces con objetos de piedra muy distantes de poseer el anhelado oro; la tesis de Martens sobre el culto a las piedras nos habla de una amplia variedad de túmulos, monumentos, costumbres y rocas rituales en el área andina venezolana, como por ejemplo los *mintoyes* descritos también por Niño (1996), y unas acumulaciones de rocas que servían como demarcadores de ruta: “montículos de piedras sobre los cuales los viajeros arrojan una nueva piedra para aumentar el montón, con el fin de descargar el cansancio... en ellos moran los espíritus protectores que se hacen cada vez más grandes a medida que aumenta el montículo” (Martens, 1994:138). Pero si bien estos montículos, así como muchas otras formaciones de piedras, pueden haber confundido al conquistador sediento de oro, su existencia nos da otra pista para interpretar el mito de los cazadores de botijas: el culto a las piedras, del que tenemos noticia por el trabajo de Martens, quien nos dice que las piedras sagradas, según las creencias de los pobladores de Misteques y Misintá, pueden producir desde sueños turbulentos, sobresaltos y desórdenes mentales, hasta “enfermedades físicas como dolor de oído, erupciones en la piel, entre otras” (Martens, 1994:126). Uno de nuestros informantes nos contaba lo siguiente:

Mire, a mí me tuvo un tiempo largo... que, ¿sabe que tuve yo que hacer? Buscar tres varas de manzano, y fui al cementerio y la llevé... ese entierro me enfermaba a mí... cada vez que yo me le acercaba (porque

yo la mantenía tapadita, bien arregladita... yo la tenía en una pieza aquí con candado, donde nadie la viera) pero cada vez que entraba y destapaba, esa vaina... me daba dolor de cabeza, una vaina, bueno... entonces me fui al cementerio, corté tres varas de manzano, y fui y la pasé por el cementerio, por varias bóvedas, y vine y le di una pasada de bejuco, y hasta ahí. (Guillermo Contreras, Paiva)

En este caso particular, la curación del mal causado por la piedra fue efectuada por el mismo cazador, quien afirmó haber resuelto el problema; según Martens, (1994) la mayoría de las veces se necesita de un yerbatero o moján que “*hable con la piedra*” (Martens, 1994:127), para que ésta perdone a la persona; el hecho de *hablar* con la piedra nos da un asomo de que para los creyentes, una piedra sagrada no es un objeto inanimado, sino algo vivo y poderoso; a este respecto otro informante, durante el trabajo de campo, contó que una piedra sacada de un entierro había cobrado vida mientras estuvo guardada en una habitación cerrada, y que chocaba contra la puerta y las paredes, haciendo ruidos como de un animal salvaje. En el caso de los cazadores de botijas, ellos mismos suelen encargarse de los ritos relacionados con los entierros, pero dicen recurrir a *brujos*, especie de mojanos, cuando los entierros se transforman en piedra, para intentar convertirlos nuevamente en oro. De cualquier manera, podemos notar que existe un respeto, un temor a las piedras sacadas de los entierros; se guardan en habitaciones cerradas con llave, y se teme a las enfermedades o problemas que puedan producir.

Estos dos factores, el origen español de la búsqueda de oro, y el respeto a las piedras obtenidas en los entierros, nos ayudan a apreciar el carácter heterogéneo del fenómeno. Otro factor que denota la heterogeneidad de los mitos sobre los tesoros escondidos es la figura de la morocota de oro, si la asumimos como un elemento simbólico dentro del ritual; los cazadores de botijas suelen describir las morocotas como monedas de oro, con la imagen de un águila. No sabemos cuál será el origen de estas monedas de oro,

pero sabemos, por una parte, que la moneda del imperio español en América siempre llevó impresa la efigie del rey de España, y que la primera moneda de oro que llevó el dibujo de un águila en el nuevo continente fue acuñada en los Estados Unidos de América, a mediados del siglo XIX. Por otra parte sabemos que, según Martens, “en la región andina, especialmente la que corresponde al área de Colombia y Venezuela, son muy comunes las placas aladas y las representaciones de aves de alas extendidas realizadas en piedras o metales (oro)” (Martens, 1994:135). Se atribuyen muchos significados a tales placas aladas²⁵, pero resulta lógico pensar que las águilas a las que se refieren constantemente los cazadores de botijas tendrían más que ver con el recuerdo estas placas, seguramente transmitido en la tradición oral entre los huáqueros de profesión, como los llama Salas (1956), que con la moneda norteamericana del siglo XIX, aunque en todo caso esto es una suposición, y quedaría por verificar más específicamente si no existieron realmente monedas de oro con dibujos de águilas en algún otro momento y lugar de América a las que nuestros cazadores de botijas puedan estar haciendo referencia. La heterogeneidad en la composición del fenómeno, queda ejemplificada por otra parte en la cuestión de las velas de La Candelaria como herramienta importante dentro del ritual de desentierro de las botijas; como antes mencionamos, la luz de tales velas es la única que los “difuntos” o “espíritus” no se atreven a apagar. Varias correspondencias importantes entre la Candelaria y la diosa o entidad llamada Arca, autóctona en varios lugares de los Andes, ya han sido establecidas por Clarac (1981). Resulta interesante mencionar que una de las versiones del mito de origen recopilada por Clarac en Lagunillas cuenta que la Laguna, centro del mito de la pareja Arco-Arca, entidades acuáticas, surgió de una inundación cuando unos “Indios” comenzaron a excavar un puntico de agua, pensando que podían encontrar oro²⁶. No sabemos hasta qué punto esa búsqueda de oro mítica será de origen verdaderamente “Indio”, o tendrá ya matices derivados de los valores europeos, de su fiebre del oro. De cualquier manera, ese origen

incierto pero insinuado forma parte del fenómeno mismo.

Ha resultado entonces sumamente interesante ver cómo la heterogeneidad del mito se manifiesta de múltiples y confusas maneras, y produce un fenómeno explicable e inexplicable a la vez en los buscadores de tesoros, sus mitos y rituales. Nuestros cazadores de botijas, parcialmente españoles en su codicia de oro, en sus técnicas y sus ritos parcialmente de corte católico, intentan profanar la tumba de algún aborigen difunto hace cientos de años, que ha sido enviado al más allá con todas sus riquezas. Pero estas riquezas, de las que se apropian a nivel simbólico a través de la idea de *moneda acuñada*, los pone en contacto con otra parte de su propio ser, distante en el tiempo, pero simultánea en la cultura del cazador: el símbolo de moneda acuñada tendría entonces forma o dibujo de águila en recuerdo de aquellas antiguas piedras o petos rituales, del culto a las piedras. Nuestro cazador de botijas es, entonces, parcialmente aborigen también, y las riquezas después de todo no las expropia, puesto que siempre fueron suyas; son las tumbas de sus propios muertos, las que intenta abrir en espacio y en tiempo invocando a los ancestrales *espíritus de la tierra*, para recobrar un oro que sólo desde la mirada europea que corre por sus venas pasa a significar riqueza – riqueza que la modernidad ya no le permite hacer suya en los nuevos términos, pero que sigue significando un anhelo, y una carencia. Los cazadores de botijas, hoy en día, son españoles, y son indios, y si bien parten cada noche, con la señal de la cruz en la mano, a tratar de recobrar el oro que recuerdan haber enterrado, caen una y otra vez en su propia trampa. Porque el indio que fue, hace siglos ya, dejó los campos minados con túmulos vacíos, y logró despistar al español en que un día volvería convertido.



Guillermo Contreras mostrando su estola sacerdotal, herramienta que suele utilizar para el ritual de extracción de las botijas



A la izquierda (centro) y derecha (al fondo), se pueden ver dos de los grandes huecos que han sido abiertos por los cazadores de botijas, en búsquedas anteriores.



El cazador de botijas, poniendo agua bendita y cruces de palma en una de las esquinas del triángulo para encerrar el entierro.



De arriba a abajo, ejemplos de las herramientas básicas utilizadas por los cazadores de botijas para realizar el ritual: aguja, cruces de palma, vela de La Candelaria, agua bendita (en frasco con forma de virgen), crucifijo, escapulario, y barretón.



A la izquierda, ejemplo de aguja convencional. A la derecha, cazador de botijas utilizando otro tipo de aguja para detectar un entierro.



Arriba, una piedra que, según su dueño cazador de botijas, es un tesoro transformado; se espera que al pasar el hechizo, vuelva a ser oro. Uno de nuestros informantes atribuyó a esta piedra la capacidad de enfermarle, razón por la que tuvo que guardarla lejos de su lugar de descanso.

Notas

* Este trabajo fue entregado en julio de 2006, evaluado y arbitrado en septiembre del mismo año (Nota Comité Editorial).

¹ Santa Cruz de Mora es la capital del municipio Antonio Pinto Salinas del Estado Mérida, en Venezuela; se encuentra en el valle del río Mocotíes a 65 Km. de la ciudad de Mérida. Tierra de características geográficas variadas en cuanto a altitud y temperatura, el municipio en general consta de una economía fundamentalmente agrícola, centrada en la producción de café a pequeña y mediana escala como principal rubro, incorporado localmente a mediados del siglo XIX. La gran mayoría de los pobladores son agricultores en estrecha relación con la tierra, y en mucha menor medida comerciantes. El pueblo resulta intrínsecamente ligado al paso del río Mocotíes, fuente principal de agua de suma importancia para la agricultura, pero también amenaza natural, dadas las características geomorfológicas de la zona.

² Resulta curioso que con recurrencia, en el presente, los venezolanos ante las distintas inestabilidades financieras y bancarias recuerden, en broma y en serio, la antigua costumbre de enterrar sus riquezas.

³ Palabra popularmente utilizada para hacer referencia a las antiguas monedas de onza de oro; Según el Diccionario de la Real Academia Española (2006), probablemente proviene de una voz indígena venezolana (*morrocoyo*) utilizada para hacer referencia a un tipo de pez dorado muy grande, o a un tipo de tortuga (*morrocoy*) de caparazón dorado, que habita en las zonas húmedas y próximas a los ríos del Amazonas.

⁴ Esta picada podría tener alguna relación con la *picada de Arco* o *Enfermedad de Arco*, enfermedad étnica propia de varias comunidades de los Andes merideños descrita y explicada por Clarac (1981).

⁵ Los colocamos dentro de la categoría de dioses chthonianos, con relación a la descripción de este tipo de entidades, en su versión suramericana, hecha por Clarac de B. (1981), en *Dioses en Exilio*, p. 99.

⁶ En este punto recordamos la descripción que hace Clarac (1981, 100) del *cucuy*, insecto ligeramente mayor que la luciérnaga y con similares propiedades luminosas, que los campesinos interpretan como “un muerto que viene a reclamar algo que se le debe”.

- ⁷ Según observamos durante el trabajo de campo, una pieza metálica en forma de cilindro o péndulo que puede contener en su interior oro, mercurio, plata, cobre y algún otro metal (lo que nos lleva a pensar quizá en los siete metales alquímicos), la cual es consagrada y bendecida en un ritual especial realizado por algún hechicero, o por el mismo cazador.
- ⁸ Según observamos en el trabajo de campo, estas consisten en hojas de palma santificadas en el ritual católico del Domingo de Ramos, dobladas en forma de cruz.
- ⁹ Según los informantes, son velas que han sido bendecidas en el rito católico de la misa de la Virgen de la Candelaria.
- ¹⁰ Según el DRAE (2006), Instrumento formado por un mango de madera y una paleta cortante de hierro para hacer hoyos y sembrar.
- ¹¹ Sobre la transformación de tiempo concreto en tiempo mítico, y espacio concreto en espacio trascendente, véase Mircea (2001).
- ¹² Cf. con Céspedes del Castillo (1977). “Las indias en tiempos de los Reyes Católicos”, en Vicens Vives, J., *Historia de España y América, Social y Económica*, pp 467-471.
- ¹³ Recogido por Becco, H. (1992). *Historia real y fantástica del nuevo mundo*.
- ¹⁴ *Ibid.*.
- ¹⁵ Según los análisis comparativos de Clarac (1996a, 28) en diccionarios y gramáticas chibchas, la palabra “Mu ysca” aparece como el nombre de la etnia chibcha de la sabana de Bogotá, y significa también “hombre”.
- ¹⁶ Cf. con Pericot (1999), “Las altas culturas sudamericanas” en *Historia Universal Salvat*, Tomo 12.
- ¹⁷ Cf. con Niño (1992) y Peña (1990) acerca de los orígenes y estudios realizados sobre las mencionadas momias y los ritos funerarios correspondientes a las mismas.
- ¹⁸ Véase Mosonyi, E., Mosonyi, J. (2000). *Manual de lenguas indígenas de Venezuela*. Tomo I, pp 45-46. También acerca del origen principalmente chibcha de los grupos humanos asentados en Los Andes merideños, véase Clarac (1996a, 25).
- ¹⁹ Cf. con Martens, R. (1994), *El culto a las piedras en las prácticas simbólicas del campesino merideño*, p. 59; Pericot (1999, 99); y

Clarac (1996a, 34).

²⁰ Al menos tenemos referencia en Niño (1996, 232) del hallazgo de vasijas cerámicas (*botijas*) usadas como urnas funerarias, a las que Clarac (1996b, 56) se refiere como pertenecientes a la tradición cultural chibcha.

²¹ Ver referencia electrónica, Iraburu (1999).

²² Para más información acerca de la tradición mítica de búsqueda de tesoros y oro en América, y sobre el mito de El Dorado, véase Ales y Pouyllau (1995), y Acosta (1998:135-182).

²³ Véase Clarac (1996c), para una descripción y estudio de las referidas placas y sus connotaciones etnológicas en la región andina.

²⁴ *Ibid*, p. 79.

6. Bibliografía

Acosta, Vladimir. 1998. *El continente prodigioso: Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca. Universidad central de Venezuela.

Ales, Catherine & Pouyllau, Michel (1995). “El Dorado revisitado” (Trad. Por Clarac de B., Jacqueline). En: *Boletín Antropológico*. N 33, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida -Venezuela. pp 5 - 54.

Becco, Horacio J. (Selección, prólogo, notas y bibliografía) 1992. *Historia real y fantástica del nuevo mundo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Céspedes del C., G. 1977. “Las indias en tiempo de los reyes católicos”. En: *Historia de España y América. Social y Económica. Vol. II*. Barcelona: Vicens Vives.

Clarac de B., Jacqueline. 1981. *Dioses en exilio*. Caracas: Fundarte.

Clarac de B., Jacqueline. 1996a. “Las antiguas etnias de Mérida”. En Clarac de B., Jacqueline (Comp.), *Mérida a través del tiempo*, Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. pp. 23 - 51.

Clarac de B., Jacqueline. 1996b. “Invasión arawak de la Cordillera de Mérida. Comparación con la modalidad de la invasión española”. En: Clarac de B., Jacqueline (Comp.), *Mérida a través del tiempo*,

- Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. pp. 53 - 62.
- Clarac de B., Jacqueline. 1996c. “Reflexiones etnológicas acerca la placa alada”. En: Clarac de B., Jacqueline (Comp.), *Mérida a través del tiempo*, Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. pp. 211 - 223.
- Diccionario de la Real Academia Española (2006) (22^a ed.). Madrid, España: Real Academia Española. Recuperado el 23 de Abril de 2006, de <http://www.rae.es>
- Iraburu, José M. 1999 “Los chibchas de Nueva Granada”. En: *Hechos de los apóstoles en América*. Recuperado en abril de 2006 de <http://members.tripod.com/~hispanidad/hechos23.htm>
- Martens R., R. 1994. *El culto a las piedras en las prácticas simbólicas del campesino merideño*. Memoria para optar a la licenciatura en Historia. Escuela de Historia, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- Mircea, Eliade 2001. *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Monsonyi, Esteban. y Monsonyi, Jorge 2000. Manual de lenguas indígenas de Venezuela. Tomo I. Caracas: Fundación Bigott.
- Melo, Jorge O. 1996 *Historia de Colombia: el establecimiento de la dominación española* [en línea] Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango. Recuperado en abril de 2006 de <http://www.comunidadandina.org/bda/docs/CO-CA-0003.pdf>
- Niño, Antonio. 1996. “Costumbres funerarias en la antigua Mérida”. En: Clarac de B., Jacqueline (Comp.), *Mérida a través del tiempo*, Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. pp. 225 - 247.
- Niño, Antonio. 1992. “Prácticas funerarias de momificación en la cordillera sur de los andes merideños en Venezuela”. En: *Boletín Antropológico*. N 26. Museo Aqueológico. Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. pp 34 - 52.
- Peña, Judith 1990. “La momia del museo arquidiocesano de Mérida. Historia del Hallazgo y estudios realizados”. En: *Boletín del Archivo Arquidiocesano de Mérida*, N° 7 (2), Mérida-Venezuela. pp. 6 – 19.

- Pericot, Luis 1999. "Las altas culturas sudamericanas". En: *Historia Universal Salvat*. Barcelona: Salvat Editores S.A.
- Salas, Julio César 1956. *Etnografía de Venezuela. Los aborígenes de la cordillera de Los Andes*. Mérida: Talleres gráficos de la Universidad de los Andes.